

## REFLEXIONES SOBRE EL ESTUDIO DEL CONFLICTO HONDURAS-EL SALVADOR, JULIO DE 1969

*Carlos Pérez Pineda*

### RESUMEN

El presente documento de trabajo contiene una breve reflexión sobre nuevas vías de aproximación al estudio del conflicto armado honduro-salvadoreño de 1969 haciendo énfasis en los procesos político-institucionales de ambos países. La primera parte del documento es una breve reflexión sobre las memorias nacionales del conflicto en Honduras y El Salvador. Posteriormente se hace referencia a la manera en que el conflicto ha sido estudiado en el ámbito académico y se indica la relevancia de las grandes movilizaciones sociales de inspiración patriótica en ambos países como tema de investigación. El autor examina a continuación la forma en que los procesos políticos asociados al conflicto han sido abordados en dos obras generales sobre la guerra. Haciendo énfasis en el predominio de los militares en los sistemas políticos de los países beligerantes, el autor destaca el rol de los civiles en el funcionamiento de dichos sistemas. Finalmente el autor trata la cuestión del propósito de la guerra a través de diferentes interpretaciones sobre lo que se pretendía obtener en julio de 1969 por medio de la violencia. El autor insiste en la necesidad de un enfoque histórico cruzado o conectado que integre críticamente a las interpretaciones historiográficas y a las memorias nacionales del conflicto.

**Palabras clave:** El Salvador, Honduras, movilizaciones sociales de inspiración patriótica, regimenes políticos, relaciones civil-militares, conflicto armado

### ABSTRACT

This working-paper contains a set of reflections about new approaches to the study of the military conflict between Honduras and El Salvador in the year 1969, emphasizing on the political and institutional processes that lead to the conflict. The first part of the paper is a brief reflection on national remembrances of the conflict in both countries Honduras and El Salvador. Afterwards the document addresses the way in which the aforementioned conflict has been studied in the academic realm with special attention on the mass movements of patriotic inspiration in both countries. The paper examines the way in which the political processes related to the conflict had been addresses in two previous works about this armed conflict. Emphasizing the dominant role of the military class in the political systems of the belligerent countries, the author put special interest on the role of the civilians on the way the systems operate. The final part of the paper focus using different perspectives on the causes and motivations that lead to war and about the goals that El Salvador intended to achieve by the use of violence. The last message of the paper insists on the necessity of the integration of the different historic interpretations and the national remembrances of the conflict.

**Keywords:** El Salvador, Honduras, patriotic inspired social mobilizations, political regimes, militarism, civil-military relations, military conflict.

### LA MEMORIA DE LA GUERRA DE LAS CIEN HORAS

“Los propios orígenes de la guerra nunca estuvieron al alcance de la mayoría de la gente común como nosotros... Sólo los políticos saben realmente el trasfondo. Lo que uno llega a asimi-

lar es que habían problemas de tipo económico en Honduras y ellos estaban desviando la atención a la gente nuestra”<sup>1</sup>.

*“El pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la memoria y la historia, porque la historia no siempre puede crearle a*

*la memoria, y la memoria desconfa de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo” (Sarlo, 2005).*

Cuando la mediación internacional logró imponer un alto al fuego en los diversos teatros de operaciones, las poblaciones de El Salvador y Honduras ignoraban casi totalmente lo que había acontecido en los frentes de guerra durante las cien horas de combates en julio de 1969. La prensa de ambos países había publicado información total o parcialmente falsa, de manera que mientras los hondureños creían que la invasión salvadoreña había sido repelida por el ejército y la Fuerza Aérea de su país y que inclusive ya se combatía en suelo salvadoreño en determinados sectores del frente de batalla, los salvadoreños pensaban que el ejército hondureño había colapsado totalmente y que el camino a Tegucigalpa y a San Pedro Sula estaba abierto a las victoriosas columnas militares salvadoreñas. Muchos mitos surgieron de esta desinformación y algunos de ellos sobreviven hasta el día de hoy. En realidad la inmensa mayoría de los salvadoreños y hondureños continúan actualmente ignorando lo que verdaderamente aconteció durante la guerra.

En Honduras el recuerdo de la Guerra de las Cien Horas ha sido dotado de simbolismo en la forma de varios monumentos al soldado hondureño en el occidente, sur y centro del país, y en la conservación del avión F4u-5 “Corsario” que tripuló el entonces capitán Fernando Soto Henríquez, el único as de aviación en dicha guerra. El aparato forma parte del Museo del Aire de la Fuerza Aérea de Honduras (FAH) en Tegucigalpa.

Coyunturas memoriales existen con variada importancia en ambos países. Los canales de transmisión de esta memoria son las ceremonias públicas y los agentes de dicha transmisión son, invariablemente, miembros de la burocracia estatal, principalmente militares. Los militares hondureños realizan, cada 14 de julio, un acto conmemorativo de los caídos en la guerra ante el monumento conocido popularmente como “El Soldado”, cerca de El Poy en la frontera internacional con El Salvador, dedicado a los militares hondureños muertos en la guerra de 1969. Los

militares salvadoreños recuerdan el 16 de julio en el cantón y caserío San Juan la Fuente en el departamento de La Unión<sup>2</sup>, El Salvador, la muerte del capitán Guillermo Reynaldo Cortéz, aviador de la Fuerza Aérea Salvadoreña (FAS) derribado en combate aéreo por el capitán Fernando Soto Henríquez<sup>3</sup> el 17 de julio de 1969. En la memoria salvadoreña el capitán Cortéz, herido de muerte, evitó con su último aliento de vida que su aeronave se estrellara en medio de la población. En la memoria hondureña el avión de Cortéz impactado por los proyectiles de su adversario explotó en el aire desintegrándose.

La intensidad del recuerdo es diferente en ambos países. Mientras en Honduras los veteranos de guerra visten uniformes militares en las ceremonias y disponen de un local para su asociación en el antiguo Cuartel San Francisco en Tegucigalpa, sede actual de la Dirección de Historia Militar de las Fuerzas Armadas de Honduras, en El Salvador el recuerdo de este importante acontecimiento no duró mucho tiempo y actualmente la memoria pública de la guerra es casi inexistente. Los veteranos salvadoreños de esa contienda apenas han sido objeto de algún reconocimiento aislado en los años recientes<sup>4</sup>. Los grupos sociales se ocupan más del recuerdo en ciertos períodos y en determinadas circunstancias mientras que hay otros períodos en que el recuerdo carece de importancia y prácticamente desaparece. Probablemente el recuerdo todavía fresco de la espantosa guerra interna de 1980-1992 desplazó de la memoria colectiva salvadoreña al recuerdo de los acontecimientos de 1969. A excepción de escasas notas y alguna crónica en los medios de prensa conmemorando algún aniversario del conflicto, en El Salvador no se ha publicado ninguna obra sobre la guerra contra Honduras desde inicios de la década del setenta en el siglo pasado. Hasta el momento, ningún veterano militar o protagonista civil de dicho conflicto ha publicado sus memorias<sup>5</sup>. En Honduras, por el contrario, la última obra publicada sobre la guerra contra El Salvador apareció en el año 2006 (Sierra, 2006), y ha sido reeditada en el 2006-2007. También algunos testimonios personales de militares y crónicas de la guerra basadas en el testimonio de veteranos de guerra

han sido publicados en ese país desde inicios de la década de 1970<sup>6</sup>.

Los componentes básicos de la memoria en los dos países no pueden ser más contrapuestos y, como en toda memoria, existen en ambos casos énfasis, omisiones y silencios. En la ahora desdibujada memoria salvadoreña, sus fuerzas armadas invadieron a Honduras en un acto de legítima defensa de la minoría salvadoreña residente en ese país, perseguida y masacrada por hordas de hondureños violentos armados de machete pertenecientes a la fatídica mancha brava. En la memoria hondureña el noble pueblo de ese generoso país que había recibido con los brazos abiertos a decenas de miles de salvadoreños hambrientos, es traicionado recibiendo como pago de su hospitalidad un ataque artero y cobarde que pretendía arrebatar grandes porciones del sagrado suelo patrio, pero que fue rechazado por el valeroso soldado catracho y por la audacia y la destreza de los aguiluchos de la FAH.

Las memorias nacionales de la Guerra de las Cien Horas han producido sus regiones de silencio, sus zonas de oscuridad. Es necesario investigar dicho conflicto cotejando y trascendiendo las dos versiones nacionalistas. La guerra no puede entenderse cabalmente sin tener una visión de conjunto que integre críticamente a las diferentes memorias nacionales.

## EL ESTUDIO DEL CONFLICTO

El presente documento de trabajo contiene una breve reflexión sobre nuevas vías de aproximación al análisis del conflicto armado honduro-salvadoreño de 1969 haciendo énfasis en los procesos político-institucionales de ambos países. Los argumentos aquí expuestos en forma preliminar necesitan obviamente una mayor elaboración y deberán ser puestos a prueba a través de la investigación empírica.

La guerra de julio de 1969 entre Honduras y El Salvador ha sido uno de los conflictos armados más cortos de la historia militar de América Latina y también uno de los menos conocidos, controvertidos y distorsionados. Este acontecimiento ha sido, sorprendentemente, objeto de muy

poca atención por parte de investigadores académicos<sup>7</sup>. Los historiadores centroamericanos han ignorado casi totalmente el conflicto honduro-salvadoreño y ninguna obra general sobre el tema producida en el ámbito académico ha aparecido en la región desde la publicación de *La Guerra Inútil* (Slutsky, Daniel & Marco Virgilio Carías, 1971), a inicios de la década del setenta del siglo pasado<sup>8</sup>. La indiferencia de los historiadores centroamericanos es tanto más sorprendente por cuanto la guerra de 1969 representa una clara ruptura del proceso de integración regional más importante desde la disolución de la federación centroamericana. Después de la Guerra de las Cien Horas el Mercado Común Centroamericano (30) quedó herido de muerte y la integración militar y de seguridad pública encarnada en el Consejo de Defensa Centroamericano fue una de las bajas mortales del conflicto.

La mayoría de las escasas obras académicas existentes sobre el tema hacen énfasis en las determinaciones estructurales del conflicto en un sentido muy amplio y dedican solamente espacios muy breves al análisis de las relaciones de poder en los regímenes políticos<sup>9</sup> de los países beligerantes. Las causas estructurales de la guerra han sido identificadas por la mayoría de los estudiosos del tema: la migración de salvadoreños a Honduras, la reforma agraria hondureña que discriminaba a inmigrantes campesinos de origen salvadoreño, las tensiones alrededor de problemas de delimitación de la frontera entre ambos países y los desequilibrios del Mercado Común Centroamericano. La macrosociología del conflicto no explica, sin embargo, por sí sola, los procesos que condujeron al desencadenamiento de las hostilidades en el mes de julio de 1969 y los reagrupamientos de fuerzas al interior de ambos países. Sabemos poco sobre la participación de los diversos actores sociales en la construcción de la crisis política que derivó en violencia interestatal y, mucho menos, sobre las grandes movilizaciones patrióticas en los países beligerantes, particularmente sobre la manera en que los militares contribuyeron a movilizar y organizar el apoyo de los actores civiles al esfuerzo bélico. Es preciso establecer cómo los intereses de los diversos actores sociales, civiles

y militares, estatales y no estatales, dominantes y subordinados, se articularon en el contexto de las movilizaciones patrióticas para organizar consensos nacionales en función de la confrontación interestatal. El aspecto militar del conflicto parece ser un tema irrelevante para los escasos estudiosos del conflicto a pesar de constituir su elemento central. No es posible, sin embargo, entender las consecuencias de la guerra de 1969 sin una apreciación del modo en que la guerra fue librada por los contendientes y de sus resultados en el campo de batalla. Las explicaciones del conflicto permanecen incompletas sin el análisis del aspecto militar dentro de los correspondientes contextos sociales, económicos, tecnológicos, culturales y políticos.

Los factores estructurales deben ser reconsiderados en función del modo particular en que su efecto combinado fue convertido en crisis política internacional mediante la acción de diferentes actores sociales en ambos países. La necesidad de un análisis que identifique los puntos de interacción de los procesos locales durante las coyunturas internacionales críticas del período debe ser puesta de relieve en toda su importancia metodológica. Es preciso "conectar" las historias nacionales del conflicto superando los enfoques que desconectan la historia al concentrarse exclusivamente en lo particular, en este caso, en lo nacional<sup>10</sup>.

### LA CUESTIÓN DE LAS MOVILIZACIONES PATRIÓTICAS

Según Von Clausewitz (1984), la guerra es un fenómeno inestable y es conducida, en proporciones impredecibles, por los intereses, las habilidades y la energía de los pueblos, las fuerzas militares combatientes y los gobiernos en cuestión. Las guerras internacionales pueden ser poderosos movilizados sociales al apelar a la identidad y la unidad de la nación ante un enemigo externo. Los nacionales de un país difícilmente tendrían la disposición de defender o de conquistar territorios para proteger intereses sectoriales. La movilización de la población sería imposible sin una extendida mística patriótica inspirada

en la necesidad de salvaguardar los intereses de la colectividad. Los gobiernos apelan a la unidad de la nación para enfrentar a enemigos externos haciendo uso de poderosos símbolos del imaginario colectivo. En el contexto de las movilizaciones sociales de inspiración patriótica los intereses de los diversos actores sociales, pro-régimen y anti-régimen, se articulan a través del Estado para organizar consensos nacionales en función de la confrontación con el enemigo externo haciendo a un lado la conflictividad que divide al organismo social.

Las movilizaciones patrióticas de 1969 en Honduras y El Salvador no han sido objeto de un estudio profundo a pesar de que expresaron los más altos niveles de unidad nacional en la historia republicana de ambos países<sup>11</sup>. La problemática del tipo de medios utilizados por los gobiernos para movilizar apoyos civiles y organizar los consensos necesarios para librar la guerra y diferir la conflictividad social merece una investigación profunda. Es necesario establecer las características del diálogo civil-militar y el surgimiento de nuevos contextos discursivos y nuevas agendas a lo largo de la crisis de 1969, al mismo tiempo que hay que responder a una importante interrogante relacionada con el tiempo de la crisis interestatal ¿Por qué dicha crisis condujo a una guerra internacional en julio de 1969 y no en junio de 1967? La lenta gestación de la crisis que originó la guerra<sup>12</sup> tuvo lugar, en ambos países, durante el período 1967-1969. Un estudio comparativo de las crisis políticas internacionales de 1967, derivada de incidentes fronterizos de carácter militar y que colocó a ambos países al borde de la guerra, y la de junio-julio de 1969, en la que se producen los eventos que conducen directamente a la expulsión masiva de salvadoreños residentes en Honduras y al rompimiento de las hostilidades en gran escala, sería sumamente interesante desde la perspectiva de los esfuerzos desplegados por los respectivos gobiernos para movilizar apoyos civiles.

Otro aspecto que debería ser analizado es el de la participación de los grupos subordinados o excluidos del sistema político y determinar la medida en que tales grupos imprimieron su propio sello en la novedosa experiencia de la

movilización en función de un conflicto internacional. La cuestión de los límites de la movilización popular civil dentro de ambos regímenes autoritarios dominados por militares es otro de los aspectos relacionados con la problemática que habría que estudiar haciendo énfasis en el impacto político inmediato de la movilización y la participación civil en el conflicto en las relaciones de poder civil-militares en ambos países.

### LOS PROCESOS POLÍTICOS EN DOS INTERPRETACIONES GENERALES DEL CONFLICTO

Como ya ha sido señalado, las escasas obras sobre el conflicto hondureño-salvadoreño que han sido producidas en los ámbitos académicos explican la guerra examinando, principalmente, sus causas económicas y sociales. Los aspectos relacionados con las particularidades de los regímenes políticos en los países contendientes y sus modos de funcionamiento, cuando han sido abordados en algunos de esos trabajos, han recibido una atención marginal y demasiado superficial. Probablemente la forma despectiva y poco seria en que el conflicto fue denominado por los medios de prensa internacionales, Soccer War o Guerra del Fútbol, contribuyó a que los estudiosos interesados en el tema orientaran sus esfuerzos a demostrar que la guerra no había sido originada por algo tan trivial como una disputa en torno a una serie de partidos de fútbol<sup>13</sup>.

Por razones de espacio he seleccionado únicamente dos obras generales sobre el conflicto, una producida en la región y otra fuera de ella, con el fin de ilustrar la manera en que los procesos políticos dominados por los militares han sido abordados. La obra en idioma español más conocida en los medios académicos centroamericanos sobre la guerra entre Honduras y El Salvador en 1969, es el libro *La Guerra Inútil* de Daniel Slutzky, Marco Virgilio Carías y otros (Slutzky y Carías, 1971).

El enfoque de esta obra es eminentemente socioeconómico y pretende, sobre todo, analizar las causas estructurales que determinaron el conflicto. La obra dedica muy poco espacio al

análisis de los procesos políticos particulares de las sociedades hondureña y salvadoreña, así como al desarrollo de la crisis política interestatal que condujo a la guerra. El aspecto puramente militar del conflicto es apenas tratado por Marco Virgilio Carías en la Parte Primera del libro, dedicándole únicamente 14 páginas de un total de 338. Lamentablemente, la aproximación de Carías al tema de la confrontación militar está contaminada por sesgos nacionalistas reflejados en juicios de valor muy subjetivos y sin sustento empírico<sup>14</sup>. A pesar de abordar el análisis de las estructuras económicas de ambos países, la obra no privilegia la comparación. Pareciera que el estudio de los procesos socio-económicos de ambas sociedades fue realizado bajo el supuesto metodológico de que tales procesos, contenidos dentro de los límites del Estado Nacional, constituyen unidades comparables en la medida en que son aislables y separables. El resultado es una sociología yuxtapuesta de ambos países sin mayores entrecruzamientos.

Los aspectos relacionados con los regímenes políticos dominados por las fuerzas armadas y el ejercicio del poder en los países beligerantes son abordados en la obra por medio de trazos muy generales y dicotómicos que colocan, en el caso de Honduras, por un lado a los militares y "un sector minoritario del Partido Nacional" (Op. Cit., p. 68), y por el otro lado una desorganizada oposición política. En El Salvador el sistema político permitía la sobrevivencia de la oligarquía basándose, en primer lugar, en "el ejército, Guardia Nacional y servicios de seguridad fuertes y eficientes, capaces de mantener en forma permanente el terror entre campesinos, obreros, estudiantes y cualquier otra fuerza propulsora del cambio social" (Ibid, p. 71). La oligarquía y al ejército estaban enfrentados a una "fuerte oposición popular organizada alrededor de un partido revolucionario (sic) y de la democracia cristiana".

El enfoque de los procesos políticos en la obra tiene como premisa la existencia de regímenes militares apoyados por grupos minoritarios más o menos enfrentados al resto de las fuerzas sociales y políticas. Asumir que los "gobiernos militares" en Honduras y El Salvador

eran dictaduras con sistemas políticos cerrados que gobernaban sin recurrir a ningún tipo de procedimientos consensuales es una interpretación errada del carácter de los gobiernos de esos países en la década de 1960. El presidente coronel Julio Adalberto Rivera (julio 1962- junio 1967) actuó en El Salvador con mucha flexibilidad garantizando a la oposición política una cuota de representantes electos a la Asamblea Legislativa y un espacio político de maniobra. El coronel Rivera estableció un sistema de reformas con represión influenciado por la ideología de la Alianza para el Progreso a pesar de la desaprobación de los grupos oligárquicos antireformistas (Dunkerley, 1990. P.355) El aperturismo riverista creó las condiciones para la emergencia del Partido Demócrata Cristiano (PDC) como la principal fuerza de oposición. Los procesos electorales crearon expectativas de cambio de régimen entre los actores civiles opuestos a los militares.

En Honduras, las fuerzas armadas estaban menos alienadas de la población civil que los militares salvadoreños. Las fuerzas armadas adquirieron poder en la medida en que el poder de los partidos tradicionales se debilitaba. Los partidos liberal y nacional habían gobernado en los años cincuenta y sesenta con el consentimiento de los militares, los empresarios y los sindicatos<sup>15</sup>. La articulación de intereses de los principales actores sociales continuó siendo el rasgo predominante del paisaje político hondureño después que los militares asumieron el poder en 1963. Las fuerzas armadas establecieron un sistema de gobierno basado en la negociación y la co-optación en el que la represión era un recurso usado de manera intermitente. Las organizaciones de trabajadores urbanos y rurales fueron principalmente dominadas por el gobierno a través de la manipulación y la división (Dunkerley, J. Op. Cit., pp. 522-523).

Otra obra de carácter general sobre el tema es el libro de James Rowles, *El conflicto Honduras-El Salvador 1969*, (1980), que constituye un excelente análisis del conflicto de 1969 desde la perspectiva de la diplomacia internacional. Rowles estudió el conflicto basándose en fuentes documentales y en entrevistas realizadas

en marzo y abril de 1970, “cuando los acontecimientos estaban todavía frescos en la memoria de aquellos quienes (sic) habían participado en ellos” (Op. Cit., p. II). El autor aclara que su enfoque es el de un jurista “sensible a los contextos económicos, demográficos, políticos y otros contextos dentro de los cuales funciona el derecho” (Ibíd., p. 9). Rowles pone de relieve, de manera más matizada, el origen y algunas particularidades de los regímenes políticos existentes en ambos países durante el conflicto. De acuerdo con este autor, en los años sesenta existían tendencias hacia una creciente diversificación del poder político en la sociedad salvadoreña a pesar de que el Partido de Conciliación Nacional (PCN) decidía la participación de los otros partidos políticos en las elecciones mediante el control del Consejo Central de Elecciones (CCE). El Partido Demócrata Cristiano (PDC), apoyado por la Iglesia y algunos miembros de la élite terrateniente e industrial, abogaba por reformas sociales de tipo liberal y había mostrado una fuerza creciente en las elecciones municipales. La fuerza del partido oficial, PCN, provenía principalmente de las áreas rurales<sup>16</sup>, mientras que los partidos de oposición y, especialmente el PDC, tenía fuerza en las áreas urbanas y suburbanas.

En Honduras, los militares que derrocaron al gobierno de Ramón Villeda Morales el 3 de octubre de 1963 representaban, según Rowles, intereses tradicionales y temían a cualquier política que amenazara su posición privilegiada dentro de la sociedad. El jefe de las fuerzas armadas hondureñas tenía autoridad, fundamentada en la Constitución de 1957, “para cuestionar las órdenes presidenciales, estando en manos del Congreso la decisión final sobre los asuntos en disputa” (Rowles, p. 24). El Partido Nacional apoyó, por medio del control de la asamblea legislativa, al entonces coronel Oswaldo López Arellano quien fue nombrado Presidente de la República en 1965. Antes de los acontecimientos que condujeron a la disputa internacional con El Salvador, Honduras se encontraba políticamente dividida en una moderna zona costera y un atrasado interior. El opositor Partido Liberal obtenía importante apoyo principalmente en la zona costera y la capital y sus alrededores mientras

que el Partido Nacional, "era el más fuerte en el interior montañoso del país, y derivaba su poder de la fuerte élite terrateniente y de la fracción dominante de los militares" (Rowles, 1980, p. 27). El libro de Rowles examina además un conjunto de procesos cruciales para entender el surgimiento y desarrollo de la crisis que condujo a ambos Estados al enfrentamiento armado: el impacto de la migración masiva de salvadoreños hacia Honduras, la tradición de interferencia en los problemas internos de los Estados vecinos existente en la región centroamericana, la desigual distribución de los beneficios del Mercado Común Centroamericano y las crecientes tensiones sociales y políticas al interior de ambos países. La obra de Rowles ofrece una detallada reconstrucción de la crisis, privilegiando los aspectos jurídicos internacionales.

A pesar de importantes aportes en las obras sobre el conflicto publicadas hasta el momento, el análisis de los procesos políticos que incidieron en el desencadenamiento del conflicto demanda mayor penetración. No basta con proclamar que Honduras y El Salvador estaban gobernados por militares y que las respectivas fuerzas armadas, históricamente, habían tenido un peso político importante en el proceso político de sus respectivas sociedades sino que es preciso explicar la dinámica de las relaciones de poder en los regímenes políticos controlados por los militares en el momento en que se producen las tensiones que condujeron a la guerra de 1969 para poder comprender mejor, entre otros aspectos, la participación de actores civiles en la gestación de la crisis y las movilizaciones patrióticas en ambos países. Los civiles no desaparecen de los sistemas políticos dominados por los militares sino que su participación es redefinida a partir de ciertas premisas. Las fuerzas armadas tuvieron que recurrir a actores civiles para establecer su dominio sobre el sistema político y establecieron gobiernos investidos de autoridad civil mediante la tolerancia de una débil oposición en el contexto de un restringido juego político partidario cuyo elemento central eran las elecciones. Esos gobiernos buscaron apoyos civiles dentro y fuera del sistema político sin los cuales difícilmente hubieran podido funcionar<sup>17</sup>.

Nuevos grupos de interés, pertenecientes a las clases medias urbanas, obtendrían rentas de la intervención militar del sistema institucional del Estado y formarían una base de apoyo al nuevo régimen. Los gobiernos dominados por las fuerzas armadas aliadas a la cúpula de un partido tradicional como en Honduras o apoyadas en un partido oficial de reciente creación como en El Salvador, representan una variante intermedia entre un gobierno directo de las fuerzas armadas y un gobierno de liderazgo civil. Los "regímenes militares" en El Salvador y en Honduras fueron en realidad coaliciones militar-civiles en las que los políticos civiles compartían valores e intereses con los militares y estaban dispuestos a conceder su poder y autonomía, asumiendo ese costo político en aras de la restauración de la estabilidad política a través de los golpes militares de 1961 en El Salvador y 1963 en Honduras. La importante presencia civil en los gobiernos dominados por los militares plantea necesariamente la interrogante de si dichos gobiernos efectivamente eran gobiernos militares. A diferencia de regímenes decididamente militares, como el chileno en donde la junta militar prohibió toda actividad política y asumió todos los poderes del estado<sup>18</sup>, en los regímenes salvadoreño y hondureño continuó funcionando el órgano legislativo en el que los partidos políticos legales estaban representados. En el caso hondureño, el pronunciado caudillismo del general Oswaldo López Arellano puede llevar a considerar al régimen hondureño como más personalista que institucional. Sin embargo, las decisiones más importantes para la reproducción y sobrevivencia del régimen parecen haber sido tomadas por un grupo de altos jefes militares que representaban a la institución armada en su conjunto. El caudillismo del general López Arellano estaba circunscrito por una cúpula militar que finalmente lo obligó a retirarse del poder a mediados de la década de 1970.

Los historiadores centroamericanos han dedicado muy poco esfuerzo al estudio del poder militar. No existen historias, producidas en los medios académicos de la región, sobre la que indudablemente fue la institución estatal más importante y decisiva del siglo XX en la mayoría

de los países del istmo: las fuerzas armadas. El conocimiento del modo particular de ejercicio del poder político de la institución militar es de cardinal importancia para entender los contextos socio-políticos del conflicto. El dominio ejercido por los militares en los gobiernos hondureño y salvadoreño imprimió una dinámica particular al manejo y resolución de la crisis de 1969. El estudio del poder militar y sus relaciones debe considerar que dicho poder no estaba confinado dentro de los límites del ámbito estatal sino que se extendía a través de la sociedad civil construyendo redes políticas de dominación que, por lo menos en el caso salvadoreño, incorporaban a una considerable masa de colaboradores civiles, principalmente campesinos, en el sistema político integrándolos en procesos de coerción y consenso. Grupos de apoyo civiles fueron también organizados desde el Estado en los centros urbanos. Algunos de estos grupos fueron empoderados a nivel local e integrados al estado mediante el clientelismo<sup>19</sup>.

También en Honduras existían en el momento de la crisis internacional de 1969 estructuras informales de coerción y control integrada por civiles El Partido Nacional, con el apoyo de los militares, organizó grupos muy agresivos de civiles armados, la Mancha Brava, que eran utilizados como fuerza de choque contra los adversarios del régimen tal y como ocurrió en 1968 durante la protesta encabezada por empresarios y trabajadores organizados en la Costa Norte. Aparentemente, la Mancha Brava tuvo también un gran protagonismo en los actos violentos contra los residentes salvadoreños en 1969. Las redes de colaboradores civiles en ambos países tuvieron diversos grados de participación en la gestación y resolución violenta de la crisis interestatal de 1969 y esta problemática demanda un estudio serio y profundo para una comprensión más plena del conflicto.

## EL ROL POLÍTICO DE LOS MILITARES

La guerra de las 100 horas enfrentó en el campo de batalla a dos burocracias militares que participaban directamente en el sistema político

de sus respectivas sociedades<sup>20</sup>. Ambas instituciones militares habían accedido al poder político, a principios de la década de los años sesenta, por medio de golpes de estado justificados por discursos políticos anti-comunistas. Ambas fuerzas armadas derrocaron a gobiernos civiles reformistas que habían creado expectativas de transformación democrática en sus respectivas sociedades y proclamaron que el nuevo gobierno impulsaría agendas desarrollistas modernizadoras.

A pesar de que ambas fuerzas armadas compartían ciertos rasgos como la influencia doctrinaria militar norteamericana y patrones semejantes de entrenamiento militar, sería una equivocación considerar a los regímenes salvadoreño y hondureño de la década de 1960 como regímenes militares básicamente indistintos. La vía más adecuada para explicar los variados roles políticos desempeñados por los militares durante el período de la guerra es una aproximación que relaciona las características de las instituciones militares de ambos países con los contextos sociales en los cuales operaban.

El modelo de análisis que más se aproxima a la experiencia histórica del militarismo salvadoreño es el propuesto por Alain Rouquié (1984), cuya tesis central es que los militares intervienen en política cuando consideran inminente una crisis participativa que amenazaría el pacto vigente de dominación. En el modelo de Rouquié, la intervención militar tiene como objetivo impedir que las bases tradicionales de legitimidad sean redefinidas en términos tan amplios que constituirían una amenaza al pacto de dominación militar-oligárquico<sup>21</sup>. Los gobiernos de los militares salvadoreños no fueron gobiernos oligárquicos pero favorecieron a la oligarquía<sup>22</sup> obstaculizando a las fuerzas políticas que intentaban establecer un mejor balance de fuerzas.

En el caso de Honduras es necesario explicar el modelo político militar-civil que emergió cuando las fuerzas armadas establecieron su autonomía institucional a través de los golpes militares de 1957 y 1963 a partir de otras premisas. Los militares hondureños fueron una de las varias fuerzas que desafiaron la tradicional hegemonía de los partidos nacional y liberal. La impugnación militar ocurrió al mismo tiem-

po que nuevos actores dentro de los grupos empresariales y sindicales cuestionaban el poder de los partidos tradicionales. Las relaciones civil-militares en Honduras produjeron una coalición inestable que reflejaba, desde 1957, la existencia de un régimen político que ha sido calificado como "desorganizado" por uno de los más prominentes estudiosos de las relaciones civil-militar en Honduras (Ropp, 1974, 504-28. Pp. 518-519). Las fuerzas armadas, generalmente, desempeñaron dos roles principales: a) árbitro político cuando la polarización política había alcanzado un nivel crítico y, b) garante del orden social y político. Ropp advierte contra interpretaciones equivocadas derivadas mecánicamente de los estudios de las fuerzas armadas suramericanas y afirma que la creencia de que el ejército hondureño era un poderoso actor vinculado estrechamente a la oligarquía ha conducido a considerar como comportamientos tradicionales a lo que en realidad eran prácticas políticas de la institución militar extremadamente nuevas. (Ropp, 1974, p. 526). Las fuerzas armadas hondureñas que combatieron la guerra de 1969 eran una fuerza semi-institucionalizada con un perfil marcadamente caudillista, un nuevo poder que había ganado recientemente su autonomía institucional. Los militares hondureños de 1969, y especialmente el general López Arellano, utilizaron hábilmente los viejos antagonismos políticos de los partidos tradicionales para fortalecer su propia posición dentro del sistema político. Aparentemente las fuerzas armadas de Honduras eran más permeables<sup>23</sup> a las influencias políticas de su entorno que su contraparte salvadoreña. Las fuerzas armadas de Honduras tenían una relación fundamentalmente diferente con el sistema político que los militares en sociedades altamente articuladas y su condición de semi-institucionalidad era una fuente de fuerza y no de debilidad. A diferencia de instituciones militares menos permeables como las salvadoreñas, las Fuerzas Armadas de Honduras tuvieron la habilidad de ocupar el centro de la escena política sin desplazar completamente a otros grupos de interés importantes (Ropp, Op. Cit., p. 524).

## EL PROBLEMA DEL ESTUDIO DE LA GUERRA

La guerra de julio de 1969 entre Honduras y El Salvador fue peleada por fuerzas armadas básicamente introvertidas, es decir, orientadas, principalmente, a enfrentar amenazas de carácter interno. Kirk S. Bowman<sup>24</sup> afirma que aquellos países que enfrentan serios desafíos políticos internos y amenazas externas limitadas tienden a desarrollar instituciones civiles frágiles, débil capacidad estatal e instituciones militares orientadas hacia adentro con una predisposición a tomar el poder político. Bowman sostiene que la ausencia de amenazas externas reales no significa ausencia de tensiones y choques armados fronterizos, pero que estos conflictos deben ser interpretados como resultados colaterales de dinámicas políticas internas y no como manifestaciones de genuinas amenazas externas a la seguridad e integridad de esas naciones.

El conflicto honduro-salvadoreño, tuvo precisamente su origen en dinámicas socio-políticas internas y no en amenazas militares de orden externo, por lo menos no antes de la segunda mitad del mes de junio de 1969. El deficiente desempeño de ambas fuerzas armadas en el campo de batalla<sup>25</sup> parece confirmar que, efectivamente, la guerra enfrentó a instituciones militares que estaban más preparadas para ejercer violencia sobre adversarios civiles que sobre otros militares. La carencia del equipo y el entrenamiento necesario para librar guerras prolongadas es un indicador de la introversión de las fuerzas armadas. En la guerra de 1969 ambos Estados enfrentaron grandes dificultades para mantener a fuerzas militares numerosas adecuadamente equipadas, suministradas y en condiciones operativas. Los problemas logísticos de ambos bandos se volvieron casi insuperables después de cien horas de combates.

El propósito de toda guerra es alcanzar objetivos políticos por la vía de las armas. La cuestión de los objetivos políticos del ataque militar salvadoreño el 14 de julio de 1969 ha sido tema de discusión en algunas de las obras publicadas sobre el conflicto. Importantes obras de carácter académico no solamente pasan por

alto esa problemática sino que también sintetizan los sucesos militares con escasa precisión y, no pocas veces, ofrecen descripciones distorsionadas de la guerra sin que tales sesgos se conviertan en objeto de cuestionamiento por parte de la comunidad de historiadores profesionales evidentemente desinteresados del aspecto militar del conflicto.

El modo en que las fuerzas militares de ambos Estados ejecutaron las operaciones militares solo puede parecer anodino a quienes pretendan comprender el conflicto de julio de 1969 ignorando el fenómeno central de la guerra y sus protagonistas directos. Aclarar el "como" fue conducida dicha guerra permite una mejor comprensión del "por qué". Es necesario analizar lo que ocurrió en la guerra para comprender por qué sus resultados y consecuencias militares, políticas, diplomáticas y económicas fueron de una manera y no de otra<sup>26</sup>.

Las controversias relacionadas directamente con la guerra son numerosas y representan un desafío a los historiadores interesados en el tema. Varios autores coinciden en señalar la pretensión de la elite económica salvadoreña de revertir la situación creada por las medidas del gobierno hondureño en los temas agrario, migratorio y comercial. Otros subrayan que el gobierno salvadoreño pretendía arrebatar porciones del territorio hondureño.

Juan Arancibia (1988. Pp. 70-73), observa que a pesar de que El Salvador parece haber estado ganando la guerra militarmente, los resultados de la guerra favorecieron a Honduras: salida del Mercado Común Centroamericano, expulsión de los residentes salvadoreños y ruptura de todas las relaciones con El Salvador. El sociólogo británico Alastair White sostiene que la decisión del gobierno del general López Arellano, a principios del año 1969, de desposeer, en el marco de una Ley de Reforma Agraria aprobada en julio de 1968, y expulsar a un gran número de campesinos salvadoreños fue el factor que precipitó la guerra con El Salvador<sup>27</sup>. White especula sobre los propósitos del régimen salvadoreño al atacar a Honduras afirmando que "... es posible que el ejército simplemente estuviera determinado a infligir una derrota a su rival hondureño, o quisiera derrocar

al presidente López Arellano, en parte por razones personales. En verdad no había duda alguna sobre el deseo por parte del gobierno de alterar las fronteras" (White, 1999).

El Coronel retirado César Elvir Sierra<sup>28</sup> intenta demostrar que el ataque salvadoreño tenía como objetivo provocar el colapso total del Estado hondureño mediante la ocupación de la capital del país y de su principal centro económico. Según el coronel Elvir Sierra, las elites dirigentes salvadoreñas tenían viejas pretensiones de tipo territorial sobre Honduras y el plan militar salvadoreño estaba diseñado para alcanzar objetivos de esa naturaleza mediante una campaña bélica de tipo relámpago. Sierra afirma, basado en las memorias de un ex embajador norteamericano en Honduras, que el Plan de Campaña "Capitán General Gerardo Barrios" fue elaborado desde 1967 por el Estado Mayor de la Fuerza Armada de El Salvador con el asesoramiento del comandante del grupo militar y del comandante de la sección del Ejército de los Estados Unidos de América en El Salvador<sup>29</sup>. El coronel Elvir Sierra subraya que el detonante del conflicto fue la Ley de Reforma Agraria y que "pese a que la medida citada, se había originado en una dependencia del gobierno bastante cercana al Presidente de la República, General López Arellano, no se consideraron las posibilidades de una reacción salvadoreña ni mucho menos que sus repercusiones estimularan la guerra. Esa fue la causa por la que entonces no se tomó sorprendentemente ninguna previsión" (Sierra, 2006, p. 85).

Ciertamente las nuevas políticas nacionalistas del gobierno de Honduras en materia agraria y migratoria propiciaron el surgimiento de un sentimiento de inminente catástrofe social en los círculos de poder salvadoreños, magnificado por el estado de crisis económica por el que atravesaba el país y la creciente incertidumbre sobre el futuro del Mercado Común Centroamericano. El gobierno y las fuerzas armadas hondureñas fueron sorprendidos por la violencia y la escala del ataque militar salvadoreño. Aparentemente los dirigentes hondureños esperaban una crisis parecida a la de 1967 con choques fronterizos aislados, retórica patriótica subida de tono, denuncias

ante organismos internacionales, mediación y distensión.

El Coronel salvadoreño Luis Lovo Castelar Lovo Castelar (1971), sostiene que la acción armada salvadoreña fue únicamente una operación militar de castigo con objetivos limitados pues “no se materializaron (sic) los documentos llamados: 1. Plan de Acción Nacional, 2. Plan de Guerra Nacional, y 3. Plan de Movilización Nacional. Por lo mismo tampoco hubo una concepción general de guerra con su respectiva idea de maniobra fulminante para poner rendida a nuestras plantas a la nación de Francisco Morazán” (Lovo, 1971, p. 13-14).

El historiador norteamericano Thomas Anderson sostuvo largas conversaciones con el ex-presidente salvadoreño Fidel Sánchez Hernández quien le manifestó que las presiones de la opinión pública salvadoreña y de la propia fuerza armada eran enormes y que hubiera sido derrocado por un golpe de Estado en las siguientes 24 horas si no hubiera invadido Honduras el 14 de julio. Según Anderson, el presidente salvadoreño expresó que “si los salvadoreños hubieran deseado una victoria total, hubieran lanzado varias incursiones en profundidad, en forma de punta de lanza contra Honduras”. Anderson destaca, sin embargo, que el ex director de la Guardia Nacional general José Alberto Medrano, le confió que el propósito de Sánchez Hernández “había sido entrar en Tegucigalpa en 72 horas”<sup>31</sup>. Anderson concluye que “las pretensiones del ex presidente salvadoreño de que el ataque fue una simple expedición punitiva que no intentaba ningún objetivo específico no están respaldadas por las disposiciones tácticas del ejército salvadoreño. Ciertamente el ejército cruzó en varios puntos la frontera, pero no todos tenían la misma fuerza y varios parecían tener objetivos estratégicos definidos situados en las profundidades de Honduras” (Anderson, 1981, p.119-120). Anderson no menciona cuales eran esas fuerzas que tenían objetivos estratégicos.

Mario Overall afirma que el plan salvadoreño no contemplaba una invasión total de Honduras y no tenía como objetivo tomar Tegucigalpa en 72 horas para establecer un régimen títere en el país vecino. Overall sustenta su

interpretación destacando que el Estado salvadoreño carecía de las capacidades para emprender una campaña militar de semejante envergadura. Los salvadoreños intentaron realizar un movimiento en tres frentes con el objetivo de conquistar territorio hondureño, específicamente los principales pueblos fronterizos, para solicitar posteriormente la intervención de la OEA y forzar al gobierno hondureño a una solución negociada a la disputa desde una posición de fuerza (Overall, 2004). El plan salvadoreño no excluía avances de oportunidad más allá de la franja fronteriza hondureña en la medida en que la logística lo permitiera<sup>32</sup>. La argumentación de Overall coincide con la interpretación del coronel Lovo Castelar y es complementada por el juicio sobre el conflicto expuesto por el coronel salvadoreño Mariano Castro Morán, quien señala que el presidente salvadoreño, general Fidel Sánchez Hernández, fue “arrollado” por las presiones recibidas “y tuvo que ir a la guerra, no para ganarla sino que obedeciendo aquellas explosiones de amor propio, se lanzó el 14 de julio de 1969, sin plan ni objetivos definidos, hacia la zona montañosa del norte para conquistar una pequeña ciudad hondureña sin mayor trascendencia para el desarrollo del conflicto bélico, en tanto ordenaba la defensa en el oriente de la República, atrás del Río Goascorán, precisamente frente a la masa de las fuerzas adversarias, a la cual debería haber atacado para lograr la decisión favorable contra ellas” (Castro, 1989).

La presencia de civiles en los frentes de guerra cumpliendo misiones de combate y de tipo logístico es uno de los rasgos característicos de la Guerra de las Cien Horas que todavía no ha sido objeto de estudio. Un número, presumiblemente considerable, de civiles armados combatió al lado de los soldados regulares hondureños<sup>33</sup>. Las tropas salvadoreñas contaban con un cuerpo de guías civiles armados denominados “chanques”, probablemente miembros de la milicia derechista ORDEN (Organización Democrática Nacionalista) de los departamentos fronterizos o campesinos expulsados de Honduras y por lo tanto conocedores del territorio “enemigo”. Una columna de milicias campesinas denominada “Tigres del Norte”, aproximadamente del tamaño

de una compañía del ejército regular (150 hombres), dirigida por un joven civil perteneciente a una de las familias de la elite salvadoreña penetró a territorio hondureño protegiendo uno de los flancos de avance de la principal fuerza de ataque en el llamado Teatro de Operaciones Norte (TON). Grupos numerosos de campesinos hondureños armados de machetes, pistolas y fusiles de caza permanecieron en la zona de combates esperando recibir armamento adecuado de parte del ejército de su país para combatir a los invasores salvadoreños. Las fuerzas aéreas de ambos países integraron a los aviadores de los clubes de aviación civil y a sus aeronaves para realizar misiones de combate, de transporte y de reconocimiento. Los mandos militares de ambos países recurrieron a los auxilios civiles ante la falta de recursos para organizar servicios de apoyo profesionales dentro del marco institucional. Numerosos civiles de ambos bandos participaron en la campaña militar realizando funciones de apoyo como personal médico y paramédico, motoristas, vivanderos, y participando en misiones de combate como guías y combatientes voluntarios irregulares.

Otro tema importante y extremadamente controvertido es el de las pérdidas humanas y materiales. Dicha cuestión ha sido objeto de especulación y de groseras exageraciones y demanda un minucioso y creativo trabajo de investigación en los archivos oficiales y bibliotecas especializadas de ambos países, complementado con entrevistas a sobrevivientes en las zonas fronterizas<sup>34</sup> afectadas por la guerra.

La fuente oral es de importancia cardinal para complementar a las fuentes documentales y es imprescindible para reconstruir la historia de la crisis política y militar de 1969 tal y como fue comprendida por sus principales protagonistas. El recurso a la fuente oral tiene también el propósito de complementar la escasísima información acerca de temas de contenido políticamente sensible como la violencia contra los salvadoreños residentes en Honduras, la violencia ejercida contra la población civil no combatiente en el territorio hondureño invadido y ocupado por las fuerzas armadas salvadoreñas, así como la reconstrucción de ciertas operaciones militares que todavía son objeto de controversia en las

memorias nacionales sobre la guerra. La existencia en Honduras de una asociación de veteranos es indudablemente una condición sumamente favorable que debería ser aprovechada por los investigadores interesados en conflicto armado de 1969. No está de más recordar que la avanzada edad de muchos de los protagonistas de la guerra le da un carácter de urgencia al recurso a la fuente oral. Considerando la eventual dificultad para acceder a ciertas fuentes documentales, sobre todo las de carácter militar oficial, adquiere especial relevancia el recurso a los medios de prensa escritos. Las fuentes periodísticas deben, sin embargo, ser utilizadas con cautela y sentido crítico ya que tanto los medios de prensa hondureños como los salvadoreños funcionaron como herramientas propagandísticas antes, durante y después del enfrentamiento armado. Lo anterior supone obviamente un sesgo debido a la manipulación de la noticia en los medios de prensa, a la censura militar, a lo que la dirección de dichos medios decidió publicar y al modo en que el material informativo fue recolectado, registrado y publicado.

Esta limitación metodológica para la reconstrucción y análisis de la crisis política y militar de 1969 puede ser compensada mediante la comparación con otras fuentes de información, tanto las orales como las documentales, que contienen registros parciales de los acontecimientos. Los datos construidos a partir de las diversas fuentes deberán ser cotejados con el propósito de reconstruir de manera apropiada acontecimientos relevantes evitando sesgos nacionalistas y partidistas.

Muchas interrogantes acerca el conflicto podrían comenzar a esclarecerse de manera más fructífera mediante la colaboración de investigadores académicos hondureños y salvadoreños. La explicación de la tragedia de 1969 es solamente posible mediante un enfoque histórico "conectado" que integre a las interpretaciones historiográficas y a las memorias "nacionales" del conflicto.

## NOTAS

1. Entrevista al ex-miembro de la selección salvadoreña de fútbol Mauricio "Pipo" Rodríguez. La Prensa Grafica, El Salvador, 15 julio 2003.

2. Ampliar en: Montalvo, Adda. La memoria entre goles y balas. Archivo La Prensa Gráfica. El Salvador, dominical@laprensa.com.sv .
3. El héroe hondureño de la Guerra de las Cien Horas, Coronel Fernando Soto Henríquez, falleció en Tegucigalpa el 25 de junio del año 2006. Diario El Herald, Honduras.
4. El Diario de Hoy de El Salvador informaba en su edición del martes 17 de julio de 2001 que nueve veteranos de la Guerra de las Cien Horas fueron invitados a una ceremonia en la que recibieron un diploma como "expresión oficial de reconocimiento" en la sede del Destacamento Militar No.6 en la ciudad de Sonsonate. La nota subraya que "de los 90 soldados salvadoreños muertos en la guerra con Honduras, siete fueron sonsonatecos, entre ellos dos oficiales" y que "en la guarnición se erigió un monumento a los héroes de la Guerra de las Cien Horas". "Sonsonate: veteranos de guerra fueron estimulados". El Diario de Hoy, martes 17 de julio de 2001.
5. Probablemente La Guardia Nacional en Campaña de Luis Lovo Castelar (1971) es una excepción dentro del contexto.
6. Ampliar en: Henríquez, Orlando. En el cielo escribieron la historia. Tegucigalpa. Tipografía Nacional, 1972. Paz Reyes, Miguel. Operaciones aéreas 1969. Fuerza Aérea de Honduras. Tegucigalpa: Departamento de Historia y Relaciones Culturales de la Comandancia General de la Fuerza Aérea Hondureña, julio de 1984. Sánchez V.J, Wilfredo. Ticante: Diario de la guerra honduro-salvadoreña. Tegucigalpa: Graficentro Editores, 1988. Zepeda Andino, Francisco. "Diario de Guerra Julio de 1969" en Revista Política de Honduras No. 12. Editorial Iberoamericana. Tegucigalpa, Honduras, diciembre de 1999.
7. Las principales obras sobre el conflicto son las siguientes: Slutsky, Daniel & Marco Virgilio Carías. La Guerra Inútil. Análisis socioeconómico del conflicto entre Honduras y El Salvador. Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). San José, Costa Rica, 1971. Jiménez. Eddy E. La Guerra no fue de fútbol. Mención Ensayo. Colección Premio Casa de Las Américas 1974. La Habana, Cuba. 1974 Rowles, James. El conflicto Honduras-El Salvador (1969). EDUCA. San José, Costa Rica, 1980. Durham, William H. Scarcity and Survival in Central America: Ecological Origins of the Soccer War. Stanford, CA: Stanford University Press, 1979. Anderson, Thomas P. The War of the Dispossessed: Honduras and El Salvador, 1969. Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1981. Sierra, César Elvir. El Salvador, Estados Unidos y Honduras: la gran conspiración del gobierno salvadoreño para la guerra de 1969. 2 a edición. Tegucigalpa: Litografía López, 2006.
8. La segunda edición de la Historia General de Centroamérica dedica casi 30 líneas al análisis de la guerra de 1969 desde la perspectiva salvadoreña, subrayando que los orígenes del conflicto se encuentran en las desigualdades económicas provocadas por el Mercado Común Centroamericano y la emigración masiva de salvadoreños a Honduras. Desde la perspectiva hondureña la guerra es tratada de manera brevísima limitándose a señalar que "el 14 de julio de 1969 se desató la llamada <<guerra del fútbol>>, entre los ejércitos de Honduras y de El Salvador, con los resultados conocidos". De la posguerra a la crisis. Héctor Pérez Brignoli, ed. Historia General de Centroamérica, tomo V. FLACSO-Programa Costa Rica, San José, 1994, pp. 126-127 y p. 132.
9. Un régimen es el "conjunto de patrones realmente vigentes (no necesariamente consagrados jurídica o formalmente) que establecen las modalidades de reclutamiento y acceso a los roles gubernamentales, así como los criterios de representación en base a los cuales se formulan expectativas de acceso a dichos roles. Dichos criterios pueden ser los presupuestos por la teoría democrática clásica (ciudadanos y partidos), y/o articulación de intereses de la sociedad civil (por ejemplo representación corporativa) y/o instituciones estatales (por ejemplo las Fuerzas Armadas), que abren acceso a los roles formalmente superiores del aparato estatal. El conjunto de esos roles es el gobierno, desde donde se movilizan, directamente o por delegación a escalones inferiores en la jerarquía burocrática, en apoyo de órdenes y disuasiones, los recursos controlados

por el aparato estatal, incluso su supremacía coactiva. Se puede resumir las definiciones de gobierno y régimen diciendo que el primero es la cumbre del aparato estatal, y que el régimen es el trazado de las rutas que conducen a esa cumbre". O'Donnell, Guillermo, *El Estado Burocrático Autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1966, pp.21-22.

10. Un importante locus de interacción, la extensa frontera entre ambos países, no ha recibido la atención que merece de parte de los investigadores académicos. Los procesos de conectabilidad en dicho locus como por ejemplo el comercio local transfronterizo, las redes familiares transfronterizas, el uso de los servicios públicos de ambos países por los habitantes de uno y otro lado de la línea fronteriza, las actividades de las bandas de delincuentes armados a ambos lados de la frontera, la cooperación o ausencia de cooperación de las autoridades de ambos países en la supresión de dichas bandas, etc., son fenómenos desconocidos. El estudio de la guerra misma como proceso de interconexión es algo que debería ser objeto de interés en la academia. Una historia conectada de ese tipo de procesos significaría metodológicamente articular el trabajo de investigación en la región limítrofe de lo micro y lo macro.
11. Un oficial militar salvadoreño observó al respecto que "... en esa 'guerra de las cien horas' todo el pueblo salvadoreño se manifestó en apoyo y respaldo de su Fuerza Armada y se realizó la más hermosa unidad nacional de nuestra historia, torpemente frustrada por el gobernante de esa época, que no supo estar a la altura de su momento histórico". Castro Morán, Mariano. *Función política del ejército salvadoreño en el presente siglo*. UCA Editores. San Salvador, 1989.
12. Un estudioso del desarrollo histórico de la sociedad salvadoreña comenta el deterioro de las relaciones entre ambos países durante ese período de la siguiente manera: "... la tensión potencial no parece haber alcanzado expresión pública, y entonces sólo en forma gradual, sino hasta 1965-67, con noticias en la prensa y en la radio hondureña alegando en primer lugar que una parte de los inmigrantes salvadoreños eran criminales...El tono se volvió más estridente en 1968. Si la campaña reflejaba una corriente de opinión que ya había alcanzado grandes proporciones, o si, como han afirmado algunas fuentes salvadoreñas, fue promovida por un grupo cercano al presidente López Arellano, es difícil de determinar. Al mismo tiempo las autoridades hondureñas, a nivel local, en la práctica hicieron difícil a los salvadoreños regularizar su documentación como residentes a pesar de los acuerdos que lo estipulaban; para 1967 no había ninguna duda sobre la hostilidad entre el régimen de López Arellano y los oficiales del ejército de El Salvador". White, Alastair. *El Salvador*. UCA Editores. San Salvador. 1996. P. 250.
13. El conflicto armado denominado por la imaginación periodística internacional Guerra del Fútbol, es la primera guerra internacional en el llamado Hemisferio Occidental después de la Segunda Guerra Mundial. El término periodístico es reflejo de una concepción equivocada sobre el origen del conflicto y ha servido únicamente para oscurecer las complejas causas del mismo, así como también para ridiculizar y degradar a los pueblos de ambos países. La guerra es conocida en El Salvador como Guerra de Legítima Defensa o Guerra de las Cien Horas. En Honduras también se usa la denominación Guerra de las Cien Horas. El autor del término Guerra del Fútbol fue el famoso periodista y escritor polaco Ryszard Kapucinski, recientemente fallecido, quien expresó en una entrevista al periódico digital salvadoreño *El Faro* que dicha denominación "era una buena forma de llamar la atención del público. Yo di este título para llamar la atención sobre la palabra fútbol, porque, para mí, no es sólo un juego... tiene otros sentidos y connotaciones de patriotismo y nacionalismo".
14. Carías expresa juicios de valor evidentemente inspirados en agitados sentimientos patrióticos (la guerra estaba relativamente muy próxima en el tiempo cuando el libro fue publicado) como por ejemplo la afirmación de que "la tropa y los oficiales (hondureños) poseen una gran capacidad táctica, cuya superioridad sobre el ejército salvadoreño se demostró en el campo de batalla...", o aquella otra afirmación en el Resumen de Conclusiones, "las ventajas del

- ejército hondureño estuvieron en su superioridad táctica determinada por la elevada moral, la mejor calidad del soldado y de la oficialidad que lo dirigía en el campo de batalla,...". Slutsky, Daniel & Marco Virgilio Carías. *La Guerra Inútil. Análisis socioeconómico del conflicto entre Honduras y El Salvador*. Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). San José, Costa Rica, 1971, p 106.
15. La importancia de los grupos corporativos en la política hondureña ha estado asociada con la declinación de los partidos "históricos" después de 23 años de dictadura unipersonal durante el cariato.
  16. El campo, controlado de manera férrea por las fuerzas armadas, era el lugar de origen de muchos jefes y oficiales de la institución armada.
  17. El Estado controlado por los militares organizó ciertos consensos básicos a pesar de que suprimió o redujo mediaciones a través de las cuales se elaboran consensos más o menos amplios. Las fuerzas armadas, actores principales del sistema institucional del Estado especializados en la coacción, se vieron obligadas a favorecer la organización de los consensos mínimos necesarios para legitimar el funcionamiento de gobiernos ostensiblemente "constitucionales". Por legitimación política se entiende aquí la capacidad de un sistema político de producir y reproducir el convencimiento de que la institucionalidad política existente es la más adecuada para el buen funcionamiento de la sociedad.
  18. Ampliar en: Agüero, Felipe. 30 Años después: la Ciencia Política y las relaciones Fuerzas Armadas, Estado y Sociedad. *Revista de Ciencia Política*, pp. 251-272, año/vol. XXIII, número 002. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile 2003, pp. 255-258.
  19. La investigación histórica ha establecido que los civiles han tenido importante participación en la formación del sistema de coerción salvadoreño. Patricia Alvarenga ha estudiado la problemática en *Cultura y Ética de la Violencia. El Salvador 1880-1932*. Editorial Universitaria Centroamericana – EDUCA. San José, Costa Rica, 1996.
  20. La diferencia entre ambas burocracias armadas era notable en términos de la profesionalización institucional. Las Fuerzas Armadas de Honduras constituyen un caso de profesionalización tardía dirigida por los Estados Unidos durante la década de los años cincuenta del pasado siglo mientras que su contraparte salvadoreña empezó un proceso de modernización y burocratización relativamente autónomo cuando en Honduras todavía imperaba el fenómeno del caudillismo armado y no existía una fuerza militar institucional. La institución militar en Honduras no tuvo influencia política significativa durante el período 1900-1950 contrastando radicalmente con el caso de su contraparte en El Salvador.
  21. El fenómeno del intervencionismo militar en los sistemas políticos del continente americano ha recibido mucha atención en los medios académicos. El estudio sistemático del rol político de los militares latinoamericanos comenzó, en la academia norteamericana, durante la década de los cincuenta del siglo pasado. Las explicaciones de este persistente fenómeno han sido muy variadas y han ido desde explicaciones que hacen énfasis en la existencia de una tradición cultural corporativista ibero-latina, pasando por enfoques que buscan las raíces históricas del intervencionismo militar en el caudillismo de la violenta anarquía del siglo XIX o que partiendo de la teoría del subdesarrollo colocan el énfasis en el contexto internacional del militarismo latinoamericano hasta llegar a interpretaciones instrumentalistas del poder militar subordinado al gran capital norteamericano y a las oligarquías criollas. Todas estas interpretaciones ignoran, según Rouquié, "el factor esencial del análisis político: el poder". Rouquié A. *Op. Cit.*, p.19.
  22. El término oligarquía es usado aquí para designar al núcleo de grandes cafetaleros que controlaba la producción, procesamiento y exportación del producto y que a partir de dicho control había diversificado su actividad dentro de la industria y las finanzas.
  23. Las fuerzas armadas salvadoreñas, por el contrario, era una institución más impermeable a las influencias de su entorno social debido a su pacto político con poderosos grupos de la élite

- económica y al rígido sistema de tandas que regulaba las relaciones de poder al interior del cuerpo de oficiales.
24. Bowman, Kirk S., *Militarization, Democracy, and Development: the perils of praetorianism in Latin America*. The Pennsylvania State University Press. University Park. Pennsylvania.
  25. Overall, Mario E. *The 100 Hour War*. Latin American Aviation Historical Society, (LAAHS). 2004.
  26. La relación entre los aspectos militares y políticos es la que determina la dinámica interna del fenómeno bélico. La dimensión política de la guerra no desaparece una vez que las acciones militares se han iniciado. Por el contrario, es entonces cuando la dinámica entre lo político y lo militar se torna más compleja. El desarrollo de las operaciones militares incide en la toma de decisiones a través del ejercicio del poder político, y éste a su vez actúa sobre el curso de las operaciones militares en el campo de batalla ya sea restringiéndolas o extendiéndolas pero siempre adecuándolas a las exigencias del momento político nacional e internacional.
  27. Además de la Reforma Agraria que discriminó a los agricultores salvadoreños, White señala también la no renovación del tratado migratorio con El Salvador y las campañas contra las manufacturas salvadoreñas. White afirma que, probablemente, entre el 60 y 70 % de los residentes salvadoreños en Honduras en 1969 eran agricultores en pequeña escala. White, Alastair. *El Salvador*. UCA Editores, San Salvador, 1999.
  28. Ampliar en: Sierra, César Elvir. *El Salvador, Estados Unidos y Honduras. La gran conspiración del gobierno salvadoreño para la guerra de 1969. La historia militar y diplomática de la guerra de las 100 horas de 1969*. 2ª edición. Tegucigalpa: Litografía López, 2006. La obra del coronel Elvir Sierra está basada en información primaria y secundaria recolectada en Honduras, El Salvador y los Estados Unidos, en donde el autor obtuvo información en la Biblioteca del Capitolio en Washington D.C., en el Archivo Nacional y en la Biblioteca y Archivo de la OEA y la CIDH.
  29. La fuente del coronel Sierra es el libro de Jack R. Binns, *The United States in Honduras 1980/81, an Ambassador memoir*. Mc Farland, 2000, p. 64.
  30. El gobierno de Honduras no fue capaz de prever las consecuencias de su política de hostigamiento a los residentes salvadoreños y, en particular, de la decisión de desalojar y expulsar a los campesinos precaristas salvadoreños. Las medidas hondureñas significaban el cierre de la válvula de escape tradicional de los excedentes de población salvadoreña. Las élites económicas salvadoreñas y la cúpula militar temían que un retorno masivo de campesinos salvadoreños expulsados de Honduras provocaría una situación que podría derivar en una rebelión agraria como la de 1932. El temor a una nueva insurrección de campesinos "comunistas" constituía el escenario de pesadilla por excelencia de la oligarquía salvadoreña y las disposiciones del gobierno hondureño amenazaban, precisamente, con crear las condiciones para que tal posibilidad se convirtiera en realidad. Desde esta perspectiva no es demasiado difícil comprender la decisión tan extrema de la oligarquía y de la jefatura de las fuerzas armadas salvadoreñas de atacar sorpresivamente a Honduras para revertir una situación considerada como mortalmente peligrosa para el orden social establecido.
  31. Las expectativas del gobierno, las Fuerzas Armadas y la elite económica salvadoreñas de una campaña fulminante que colocaría a las fuerzas enemigas en un estado de postración total no se cumplieron. Los reveses y las pérdidas militares hondureñas fueron relativamente severas pero de ninguna manera catastróficas; la táctica básica hondureña fue el repliegue más o menos ordenado de sus fuerzas de sus posiciones avanzadas de combate retrasando el avance salvadoreño. El gobierno del general López Arellano no solamente no cayó sino que recibió el apoyo de las fuerzas políticas y civiles de la sociedad hondureña. La superioridad militar de las fuerzas armadas salvadoreñas y sus éxitos iniciales durante la guerra se diluyeron debido a deficiencias en la planificación y, sobre todo, en la ejecución de las operaciones militares junto con la pobreza de recursos logísticos disponibles. Muchos salvadoreños

se sorprenderían si supieran que la pasividad del mando salvadoreño permitió a las sorprendidas fuerzas armadas de Honduras realizar un feroz contraataque, considerado como el más intenso de todo el conflicto, en el Teatro de Operaciones Sur el 16 de julio de 1969.

32. Ampliar en: Overall, Mario E. *The 100 Hour War*. Latin American Aviation Historical Society, (LAAHS). 2004. [http://www.laahs.com/artman/publish/article\\_19.shtml](http://www.laahs.com/artman/publish/article_19.shtml). Overall examinó los pocos reportes militares accesibles de ambas fuerzas armadas y también utilizó información obtenida a través de discusiones entre historiadores de ambas fuerzas aéreas organizadas por el foro de discusión de The Latin American Aviation Historical Society.
33. Estos civiles eran considerados por los salvadoreños como miembros de la denominada "Mancha Brava", organización paramilitar hondureña señalada por el gobierno salvadoreño como el instrumento ejecutor de la violencia dirigida contra los inmigrantes salvadoreños en Honduras. Un número desconocido de civiles hondureños sospechosos de pertenecer a la Mancha Brava y otros capturados en acciones militares portando armas fueron ejecutados sumariamente por las tropas salvadoreñas.
34. Todas las obras consultadas que abordan este aspecto establecen la cantidad de muertos en aproximadamente 2,000, la mayoría civiles hondureños, sin hacer ninguna clase de referencia a la fuente de esa cifra recurrente que posiblemente tiene su origen en alguna nota periodística de la época. El coronel Sierra ofrece una estimación nueva de las pérdidas humanas del conflicto. De acuerdo con el autor las operaciones armadas afectaron directamente a más de 300,000 personas y el costo de la confrontación fue más alto que lo que anteriormente se ha afirmado, más de 6,000 muertos, 2,000 heridos, 500 desaparecidos, el éxodo de más de 130,000 salvadoreños desde Honduras y el desplazamiento obligado de cerca de 150,000 personas residentes en las zonas de operaciones en ambos países. Además el costo económico de la conflagración fue elevadísimo, ascendiendo a muchos millones de dólares. Según el autor la guerra fue total y casi paralizó todas las operaciones económicas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Thomas P. (1981). *The War of the Dispossessed: Honduras and El Salvador, 1969*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- Arancibia C., Juan. (1988). *Honduras: ¿un Estado Nacional?* Editorial Guaymuras. Tegucigalpa.
- Baloyra, Enrique. (1982). *El Salvador in Transition*. The University of North Carolina Press.
- Bowman, Kirk S., *Militarization, Democracy, and Development: the perils of praetorianism in Latin America*. The Pennsylvania State University Press. University Park. Pennsylvania.
- Castro Morán, Mariano. (1989.). *Función política del ejército salvadoreño en el presente siglo*. UCA Editores. San Salvador.
- De la posguerra a la crisis. Héctor Pérez Brignoli, ed. *Historia General de Centroamérica*, tomo V. FLACSO-Programa Costa Rica, San José, 1994.
- Dunkerley, James. (1990). *Power in the Isthmus. A political History of Modern Central America*. Verso. New Left Books. London.
- Jiménez, Eddy E. *La Guerra no fue de fútbol*. Mención Ensayo. Colección Premio Casa de Las Américas 1974. La Habana, Cuba.
- Lovo Castelar, Luis. (1971). *La Guardia Nacional en campaña: Relatos y crónicas de Honduras*. San Salvador: Editorial Lea.
- Overall, Mario E. (2004). *The 100 Hour War*. Latin American Aviation Historical Society, (LAAHS). [http://www.laahs.com/artman/publish/article\\_19.shtml](http://www.laahs.com/artman/publish/article_19.shtml). The Latin American Aviation Historical Society.
- Ropp, Steve C. "The Honduran Army in the Sociopolitical Evolution of the Honduran State", *The Américas*, vol.30, (4 April 1974): 504-28. Pp. 518-519.
- Rouquié, A. (1984). *El Estado Militar en América Latina*. Emecé editores. Buenos Aires, Argentina.

- Rowles, James. (1980). El conflicto Honduras-El Salvador (1969). EDUCA. San José, Costa Rica.
- Sarlo, Beatriz. (2005). Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. Siglo XXI Editores. México.
- Sierra, César Elvir. (2006). El Salvador, Estados Unidos y Honduras: la gran conspiración del gobierno salvadoreño para la guerra de 1969. 2 a edición. Tegucigalpa: Litografía López.
- Slutsky, Daniel & Marco Virgilio Carías. (1971). La Guerra Inútil. Análisis socioeconómico del conflicto entre Honduras y El Salvador. Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). San José, Costa Rica.
- Torres Rivas, Edelberto. (1988). Introducción. En Menjívar, Rafael et al. El Salvador: una historia sin lecciones Ediciones FLACSO, San José.
- Von Clausewitz, Kart (1984). De la Guerra. Labor/ Punto Omega. Barcelona.
- White, Alastair. (1996). El Salvador. UCA Editores. San Salvador.